

AGENDA CIUDADANA
EXPERIENCIA EXCEPCIONAL
Lorenzo Meyer

No fue Cambio de Gobierno sino de Régimen.- Evidentemente se trató de una experiencia poco común, realmente excepcional, cuya asimilación va a tomar tiempo y que se debe analizar y explicar en el ámbito colectivo –hechos de tal magnitud suelen ocurrir una vez en varias generaciones-- aunque, finalmente, se tiene que vivir como algo íntima, profundamente personal. Me refiero, desde luego, al singular hecho político que acaba de tener lugar en México y que nos permitió, como sociedad, dar, por fin, la vuelta a la hoja de nuestra historia del siglo XX. Una historia que se empezó a escribir de manera dramática con el violento nacimiento del régimen de la Revolución Mexicana --cuando los revolucionarios norteros encabezados por Venustiano Carranza convocaron al Congreso Constituyente de 1916--, que se consolidó como sistema autoritario y cuyo final se escribió, sin fuego ni sangre aunque sí con la ordenada concurrencia de multitudes a las urnas, el domingo 2 de julio del 2000. Los votos se contaron bien, uno a uno, y a las once de la noche el último líder del régimen que muere –el presidente— se vio obligado a reconocer el triunfo de la oposición, o para ser más preciso, de una de ellas, la encabezada por un empresario transformado apenas trece años atrás en político y que pronto se convirtió en un auténtico líder nacional y hábil organizador.

Lo que acabamos de hacer entre ciudadanos, partidos y organizaciones no gubernamentales, fue dar el último paso de un largo caminar y arribar ha un sitio sin precedentes en la historia política de nuestro país: al cambio pacífico de régimen. Y no se cambió a un régimen cualquiera, sino de uno particularmente longevo, maquiavélico

y que en más de una ocasión no dudó en usar de la represión y la ilegalidad para sostenerse. Al obligar a ese viejo y corrupto sistema de poder a reconocer, por primera vez, el triunfo de un candidato presidencial de oposición, los mexicanos logramos no sólo un nuevo gobierno sino algo muchísimo más importante: ¡cambiar la naturaleza profunda de nuestra política!. En una hora se transformó el carácter del complejo institucional que regula el ejercicio del poder político en México. Lo que hoy tenemos no son instituciones nuevas, sino algo más importante: la posibilidad de introducir nuevos valores en esas instituciones.

La Realidad Ficticia y la Realidad Real. Frente a su imponente forma —un edificio gigantesco construido a lo largo de 71 años— y a pesar de ciertas debilidades aparentes, era posible dudar que el viejo aparato del Partido Revolucionario Institucional (PRI) pudiera ser derrotado. Apoyándonos en un clásico —en el sociólogo francés Emile Durkheim (1858-1917) y en su obra De la división del trabajo social (1893)— es posible comprobar, al examinar los grandes ciclos históricos, que hay instituciones que surgen y se desarrollan hasta alcanzar una dimensión imponente como respuesta a las grandes exigencias de su época, y que justamente por ello se mantienen por largo tiempo, incluso cuando su razón de ser ya desapareció, la época cambió y dejaron de tener utilidad. Esas instituciones que sobreviven a su tarea, suelen convertirse en parásitos y en obstáculos a la sana evolución de la sociedad. En contraste, hay conductas colectivas muy nuevas y funcionales, pero cuya dimensión externa es mucho menor pues están ocultas por la sombra de lo antiguo. Se trata de una institucionalidad emergente, preñada de futuro, donde se genera y se expresa la vitalidad de una comunidad nacional; de ahí surgirán los gigantes del futuro que, con el correr del tiempo y sino cambian, también corren el peligro de transformarse en

obstáculos para el cambio. La tarea del analista y del ciudadano, es identificar en cada época que parte del entramado institucional es una realidad efectiva y cual una realidad ficticia, sin futuro.

Durkheim hizo ese análisis en la Europa de su tiempo, en la Francia de la revolución industrial donde sobrevivían, ya sin tarea que cumplir pero si con la capacidad de estorbar, instituciones medievales. Pues bien, lo mismo ocurrió en México. El presidencialismo concentrador de funciones y poder, surgió con Lázaro Cárdenas como respuesta a la enorme dispersión que resultó de la caída del Porfiriato y de la guerra civil que le siguió. El partido de Estado en su transformación corporativa, el PRM, fue el instrumento indispensable del cardenismo para hacer realidad la promesa revolucionaria de justicia social, pues sólo así fue posible tener el poder para enfrentar a los intereses creados y al ala conservadora de la Revolución para imponer una política de redistribución de la riqueza rural —la reforma agraria— y otra que permitiera a los trabajadores urbanos contar con la organización sindical que les sirviera de instrumento efectivo en la negociación constante con el capital, en especial con el extranjero. Sin embargo, con el paso del tiempo, ese partido corporativo y de Estado se transformó, como en la Unión Soviética, en una maquinaria parasitaria, al servicio casi exclusivo de sus propios aparatos y dejó de ser un instrumento para mantener viva la liga del gobierno con su base social.

En los años sesenta, cuando surgieron los movimientos insurgentes de Guerrero y las protesta de clase media en las zonas urbanas —el navismo en San Luis Potosí o el movimiento estudiantil del 68 en la Ciudad de México— el régimen no encontró mejor respuesta que dar a quienes le cuestionaban que la violencia y el terror. A partir de entonces —y en medio de una corrupción creciente y de un estilo de gobernar arbitrario

y prepotente--, la brecha entre una sociedad en evolución y una clase política autoritaria y anquilosada, se fue ensanchando. También fue en aumento, y acumulándose, la demanda por pasar de meras reformas del sistema electoral que mantenían cargados los dados a favor del PRI, a una transformación efectiva, democrática, de la naturaleza del sistema político.

El primer resultado de esa presión acumulada fue el apoyo masivo en las urnas, en 1988, a la movilización política encabezada y personificada por Cuauhtémoc Cárdenas. La campaña de ese año y el fraude con que concluyó, terminaron por abrir un gran boquete en la muralla del autoritarismo priísta. La respuesta del régimen fue el salinismo, que se puede resumir como presidencialismo exacerbado y el gasto rápido y masivo de las reservas económicas y políticas del régimen. Al final de la aventura salinista —que desembocó en un ejercicio patológico del poder del Ejecutivo— el régimen priísta ya estaba casi vacío de contenido, y hay muchos indicadores de ese desgaste: el surgimiento desde el sótano de la sociedad del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, el arreglo de cuentas dentro del PRI por la vía de los asesinatos del candidato presidencial y del secretario general de ese instituto, la transformación de la promesa de poner a México en el “primer mundo” en el “error de diciembre” y en el empobrecimiento aún mayor de millones y el fracaso estruendoso del Programa de Solidaridad, la transformación de la “magia salinista” en el escándalo, en las celdas de Almoloya y en el exilio del expresidente (“espejo de gobernantes del tercer mundo”) en Irlanda, el costoso fracaso de la privatización bancaria entre los “amigos del régimen” y que concluyó en los “secretos del Fobaproa”, la transformación del gobernador de Campeche en prófugo de la justicia al término de su mandato, la disolución instantánea del “Nuevo PRI” de Francisco Labastida (el “PRI del cambio”) en el PRI de siempre (el

de Manuel Bartlett, Roberto Madrazo, Víctor Cervera *et al*). En fin, el lector puede añadir otros indicadores a la lista y enriquecerla.

En lo Personal.- Desde hace tiempo, años en realidad, señalé que el régimen y su partido, el PRI, eran ya un gran aparato cuyo centro vital había dejado de latir, y que, por tanto, carecía de futuro. Sin embargo, esas ideas parecían ser desmentidas por el hecho de que la presidencia de la República y su partido, formaban un todo que, visto desde el exterior, lucía, sino majestuoso, sí imponente y amenazador. Más de una vez me tope con la incredulidad de mis lectores que no dejaron de argumentar: sí el sistema priísta ya esta agotado ¿cómo es que sigue ahí?. Bueno, respondía, también el Cid ganó batallas después de muerto. En realidad, se requería de imaginación para suponer que a partir de 1988 la “maquinaria” –la organización que llegaba hasta el último rincón del país, que tenía considerables recursos materiales, que mantenía una redituable liga con “el gran dinero” (quién no recuerda los 625 millones de dólares que con sólo pedírseles a 25 empresarios exitosos, consiguió Salinas para el PRI en 1993), las poderosas organizaciones corporativas (CTM, CNC, CNOP), los caciques rurales y urbanos, la buena relación del PRI con el gobierno de Washington, el control, disminuido pero existente, del gobierno sobre los medios electrónicos, la enorme capacidad de corromper, etcétera— era ya más “sonido y furia” que vitalidad, fuerza y empuje.

Yo confiaba en mi análisis, pero igual aceptaba que el PRI podía ganar de nuevo en el 2000 por un margen escaso –supuse que la compra y coacción del voto le podrían dar unos cuantos puntos de ventaja sobre su rival cercano, el PAN. En cualquier caso, también supuse que un Francisco Labastida ganador, sed habría ganado no sólo la presidencia sino también al tigre de la rifa, pues su gobierno apenas tendría mayoría

relativa y la oposición de una mayoría absoluta frustrada, enojada, que le regatearía legitimidad. Cuando alrededor de las seis de la tarde de ese singular 2 de julio, recibí información que sostenía que el candidato de la Alianza por el Cambio, Vicente Fox iba ganando, que el “voto útil” si era real y efectivo, me quede sorprendido. Para mí, la democracia llegó de la misma forma en que llega un hijo: si bien se sabe que va a nacer, cuando finalmente se le tiene entre las manos, no se puede evitar la sorpresa y la emoción. La derrota del PRI, fue igual que una muerte anunciada: por mucho que se le espere, cuando llega no deja de conmover.

Finalmente, la gran experiencia y obra colectiva, se rompe en millones de experiencias individuales. Cada una tiene puntos de contacto con las otras pero es distinta y única. En lo personal, hubiera preferido que la transformación del régimen la concluyera quien la inició, el centro izquierda, pero no fue ese el caso. Muchos errores cometió la izquierda, y uno no menor fue la arrogancia: su verdad es moralmente superior a la de los otros. En la democracia se debe de respetar la decisión de la mayoría y una sociedad tan conservadora como la mexicana, encontró más fácil cambiar por la derecha. En cualquier caso, para mí lo realmente importante, aunque aceptó que otros piensen distinto, es que finalmente la sociedad mexicana cruzó su Rubicón, y se transformó en una sociedad de mayoría ciudadana a pesar de venir de una añeja tradición de súbditos. Obligó al monopolizador del poder a dejarlo, a aceptar la alternancia donde nunca la había habido, y eso abre sin gran violencia las compuertas de la energía social, de la imaginación colectiva, como pocas veces en nuestra historia. El reto de la izquierda es asimilar positivamente la lección, después de todo, Cuauhtémoc Cárdenas ha dicho que su lucha –la de él y la de su partido— es de plazo largo.

¿Muro de Berlín o Bastilla?.- El día 3 de junio en la madrugada, oí repetidamente, esta expresión: “¡derribamos nuestro “Muro de Berlín!”. Es buena la comparación, pero en lo personal prefiero recordar la toma de La Bastilla. Nosotros no estábamos prisioneros ni impedidos de salir al mundo por algún muro, más bien el poder tenía secuestrada a nuestra soberanía en una especie de Bastilla construida por Plutarco Elías Calles hace mucho.

Recordemos que esa mañana del 14 de julio de 1789, y en nombre de su libertad soberana, el pueblo de París, movilizado ya contra los excesos de la monarquía absoluta, tomó una vieja fortaleza medieval que estaba en la ciudad y que de tiempo atrás había sido transformado en prisión de Estado y, por ello, era el símbolo de la tiranía de un régimen caduco y sin legitimidad. La fortaleza, mal defendida --pues ya sólo mantenía encerrados a 7 prisioneros--, cayó rápidamente en manos de un pueblo que se sentía y actuaba como soberano. Tras la toma del símbolo, el rey se vio forzado a portar en público otro símbolo: la escarapela tricolor, lo que significó el fin del viejo régimen. El 2 de julio ha sido nuestro 14 de julio. Cayó “la dictadura perfecta”, ahora hay que construir lo nuevo. La tarea no será fácil, pero sí digna.